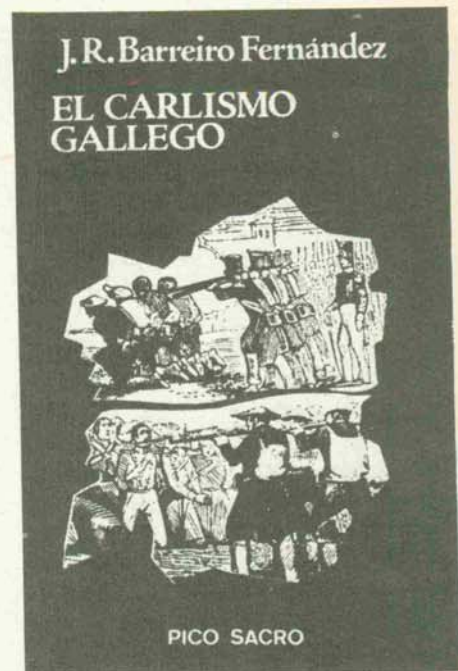


consiguiente dificultad para acercarse a parcelas semivirgenes de nuestra historia; requiere el acceso a fuentes inexploradas generalmente privadas, el acopio de documentos de primera mano difícilmente localizables cuando no extraviados, la excesiva utilización de la información oral, etc. La segunda tarea viene dada por la necesidad de situar esos datos en el contexto de la lucha de clases a nivel estatal. La tercera corresponde a lo que un intelectual gallego llamó, con frase efectista pero certera, «descolonizar nuestra historiografía»; o sea, abordar lo específico de la estructura nacional gallega y rechazar las posturas simplificadas y uniformistas que a veces se defienden incluso desde el marxismo. (Tres tareas, conviene recordarlo, interrelacionadas dialécticamente y sin otras prioridades que la meramente enunciativa.) Es necesario tener en cuenta estas tres premisas cuando se pretenda enjuiciar una obra pionera como ésta de **J. R. Barreiro Fernández sobre el carlismo en Galicia** (1).

Barreiro Fernández busca los antecedentes del carlismo gallego en el movimiento **servil** y su enfrentamiento contra los liberales durante la

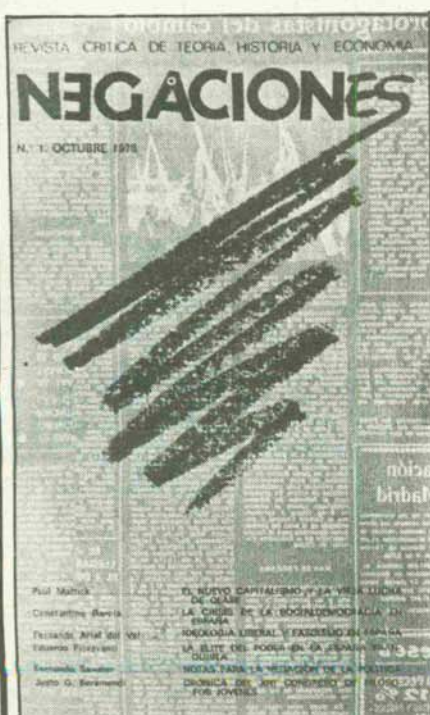
(1) J. R. Barreiro Fernández: **El carlismo gallego**. Editorial Pico Sacro. Santiago de Compostela, 1976.

Guerra de Independencia. En esta lucha por la hegemonía entre los serviles, detentadores del poder económico sobre bases agrarias (clero, hidalguía rural, aristocracia vinculada a la tierra, administradores...), y los incipientes núcleos industriales y comerciales interesados en la superación del Antiguo Régimen, la abolición del señorío será una importante medida que hará engrosar el campo de los primeros, haciendo crecer su incidencia política e ideológica. La línea servil se prolongará en la **realista**, después de la restauración fernandina. Pero, a partir de 1824, los realistas, defensores de posiciones reaccionarias (devolución de bienes a las órdenes religiosas; reinstauración de la Inquisición, de los derechos nobiliarios, de los señoríos...), incluso superadas por el inmovilismo seudoliberal de Fernando VII, irán inclinándose progresivamente hacia la opción representada por Don Carlos. Esto significa el nacimiento de la etapa carlista propiamente dicha, y que en Galicia presenta rasgos peculiares. El primero de ellos es la escasa movilización popular que consigue, la mínima respuesta campesina. Examinada la composición sociológica de las **partidas** o guerrillas que operarán en los montes de Galicia (notoria es también la incapacidad del car-



lismo gallego para formar un ejército regular), Barreiro Fernández resalta el carácter «mercenario» de los escasos campesinos movilizados por la Causa. ¿A qué fue debido que el carlismo gallego no llegara a convertirse en un movimiento de masas? ¿Significaron los fueros, con todas las implicaciones económicas que representaban, el puente que el carlismo extragallego tendió a las masas populares? ¿Puede explicarse la

«NEGACIONES»: NUEVO INSTRUMENTO CRITICO



«La negación del poder y su 'racionalidad' camina desde la memoria de la opresión para alcanzar una y otra vez la realización del deseo.» No son palabras de Klossowsky o de Bataille a propósito de algún texto de Sade, sino que pertenecen al editorial de presentación de una nueva revista «crítica, de teoría, historia y economía» tan significativa como saludable titulada **Negaciones**.

¿Qué característica cabría destacar como predominante en la línea que se proponen seguir, según confesión propia, los responsables de esta publicación cuatrimestral que con formato de libro de bolsillo y sin apenas despliegue publicitario —medios obligan— se lanza a la conquista de un público lector, por necesidad, cada día más exigente? Tal vez un renovado interés por esa corriente recuperadora de los debates que en torno al consejismo tuvieron como protagonistas, hacia finales de la segunda década del siglo, a los Pannekoek, Korsch, De Leon, Gramsci, el propio Lenin y, claro está, Rosa Luxemburgo.

En ningún caso, sin embargo, pretende «Negaciones» perderse en estériles devaneos teóricos; su propósito, manifiesto en el editorial, es «integrar el trabajo intelectual en la práctica cotidiana», única manera de hacerlo rentable tal y como quería Marx. De ello se encargará una joven e iconoclasta pléyade universitaria que incluye nombres como los de Fernando Ariel del Val, Fernando Savater, Constantino García, Félix Ortega, el tandem Beramendi-Fioravanti. Añádanse otros de importación —Umberto Cerroni, Lucio Colletti, P. Mattick, Bettelheim, etc.—, y tendremos una idea aproximada del sabor intelectual del nuevo cóctel. ■ J. R.